

Hopper, Voloshinov. Este conjunto otorga dinamismo y agilidad al texto integral y brinda nuevas salidas a problemas que antes solían encasillar sus respuestas en lo estrictamente sintáctico. Sin negar el valor sustantivo de la sintaxis, se demuestra que al amalgamarse con la semántica y la pragmática puede ser un poderoso instrumento explicativo.

*Semántica, oración y enunciación* es útil para los lingüistas que conciben el fenómeno lingüístico como una compleja maquinaria en la que cada pieza propone una posible interpretación de la lengua. Este libro tiene sustancia: hay caminos nuevos que explorar, explicaciones que apoyar y soluciones que refutar.

REBECA BARRIGA VILLANUEVA  
El Colegio de México

LUIS FERNANDO LARA, *Ensayos de teoría semántica: lengua natural y lenguajes científicos*. El Colegio de México, México, 2001; 261 pp. (*Jornadas*, 135).

Este libro recoge ocho artículos dedicados a la semántica que el autor publicó entre 1996 y 2000. El orden temático del volumen refleja el grado de avance de la investigación del autor, encaminada a la revisión y redefinición de los presupuestos básicos de la semántica.

Desde el prólogo, Luis Fernando Lara enuncia los tres nudos alrededor de los cuales se han desarrollado sus investigaciones: 1) la naturaleza del signo lingüístico, 2) la relación entre significado y experiencia del mundo y 3) la relación entre la lengua ordinaria o natural y los lenguajes científicos. Consciente de que se trata de cuestiones que, desde hace tiempo, han discutido las distintas ciencias del lenguaje, Lara busca “renovarlas a la luz de los conocimientos que nos depara la lingüística contemporánea” (p. 11).

La recopilación comienza con el ensayo “Postulados de la teoría semántica”, elaborado en 1996. La revisión y evaluación de las distintas posturas planteadas y defendidas por la semántica lingüística a lo largo del siglo xx conducen al autor a elegir el empirismo y la pragmática como los pilares básicos de su acercamiento semántico a la lengua. Por ello, insiste en la necesidad de considerar los datos que arrojan los análisis neurológicos, cognoscitivos y pragmáticos de la conducta verbal humana. La actividad lingüística se entiende aquí como una actividad social inmersa siempre en un contexto no verbal; las raíces de esta idea se pueden rastrear en el pensamiento de Ludwig Wittgenstein, quien relaciona en *Philosophische Untersuchungen* el significado de la lengua con su uso, y por medio de Friedrich

Kambartel y Hans Julius Schneider de la Escuela constructivista de Constanza quienes, desde una perspectiva pragmática radical, analizan el significado de la palabra y la estructura de la lengua en general. En lugar de considerar la pragmática a la manera de la lingüística de corte chomskiano —como un componente adicional que explica ciertos usos de la lengua e iguala el uso de una oración con el que se asigna a un objeto natural—, se le sitúa en la base a partir de la cual se inicia el análisis de la lengua como un sistema de acciones complejas, de modo que los aspectos estructurales de la lengua se consideran a partir su capacidad para hacer posibles ciertos actos. Otra fuente que enriquece y desarrolla este concepto es la filosofía de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, filósofo y sociólogo de la Escuela de Francfort.

A partir del empirismo y pragmatismo radicales, el lenguaje se enfoca desde los postulados generales de la teoría lingüística —la doble articulación de André Martinet y la teoría del signo de Saussure y Hjelmslev— que, como argumenta Lara en “Por una nueva teoría del signo lingüístico” (pp. 49-69): “es la única que le da al signo un espesor lingüístico suficiente como para que se problematice la teoría de la semántica en términos empíricos” (p. 63). Sin embargo, demuestra que se necesita redefinir esta base general en lo que se refiere a la dimensión pragmática: se requiere definir el acto de significación en la relación del signo lingüístico con el mundo sensible y en la formación de los significados en la lengua natural. Asimismo, hay que dirigir la investigación hacia problemas tan fundamentales como el concepto de “imágenes mentales” o “representación” y los criterios de reconocimiento del signo en los aspectos perceptual-cognoscitivo y neurológico. Para crear un marco idóneo que permita integrar todos estos aspectos, Lara se opone a una teoría desarrollada a partir del uso de presupuestos metafísicos o a una introducción puramente sintáctica o formal.

Al tiempo que revisa los elementos que deben servir de fundamento para un planteamiento teórico de estas características, el autor subraya la importancia de conocer la naturaleza del lenguaje científico descriptivo de la teoría semántica. En la última parte de “Postulados de la teoría semántica” rechaza las concepciones de Alfred Tarski, Rudolf Carnap y Roland Barthes sobre las cadenas de metalenguajes y establece una jerarquía de cinco niveles constituidos por la lengua natural, un lenguaje pre-teórico, uno teórico, los lenguajes de observación y los formales. Como base de todo lenguaje científico, la lengua natural constituye el nivel más alto en la jerarquía, entre ella y los lenguajes pre-teórico y teórico hay un proceso de construcción teórica, los lenguajes de observación y los lenguajes formales se sitúan al mismo nivel en la estructura jerárquica.

En un primer intento por estudiar los lenguajes útiles para la construcción y análisis de un ámbito de la lingüística, que plantea en “El lenguaje de la lexicografía” de 1992 (pp. 149-174), Lara recurrió al discurso de la lexicografía, área en la que es destacado exponente. Aquí niega la existencia, en sentido estricto, de un metalenguaje y postula que una lengua natural puede ser el lenguaje científico de la semántica o la lexicografía, apoyándose en tres argumentos: *a)* que el lenguaje formal que ha elegido la semántica contemporánea para describir semasiológicamente una lengua natural es sólo un lenguaje descriptivo de la semántica de una lengua; *b)* que la sustancia de contenido de cada lengua particular es inconmensurable con relación a la sustancia de contenido de todas y cada una de las demás; *c)* que usar la lengua natural como lenguaje científico significa “borrar la distinción entre concepto y expresión, eliminando el ideal confortante de un mundo conceptual preciso y unívocamente delimitado que sería, a fin de cuentas, el objetivo del análisis semántico” (p. 161).

De esta argumentación deriva la convicción del autor de que la semántica lingüística debe enfocarse en “la capacidad de toda lengua natural de organizar en sentido cualquier materia y tendría que reconocer, consecuentemente, que, como esa capacidad sólo corresponde a la lengua natural y no a ningún otro lenguaje de características diferentes, que la describa independientemente de ella, su objeto sólo puede ser tratado con una lengua natural, pues ningún otro lenguaje, ni formal ni simbólico, es capaz de superarla, ni mucho menos de fundarla” (pp. 163-164). El lenguaje de la lexicografía, tal y como lo demuestra Lara, permite estudiar la lengua natural considerando su semantismo.

Lara profundiza en la definición de los distintos niveles de la jerarquía sugerida en “Postulados de teoría semántica”, en la segunda parte de “Metalenguaje y lenguaje descriptivo”. Este ensayo comienza con una presentación de las distintas maneras de tratar la noción de metalenguaje, desde la dicotomía de metalenguaje y lenguaje-objeto, propuesta en los escritos lógicos de Tarski y Carnap, pasando por la introducción de la noción en el ámbito de la lingüística de Hjelmslev, por medio de la llamada metasemiótica científica y la confrontación del concepto hjelmsleviano con el de Josette Rey-Debove, para concluir con una revisión de los distintos lenguajes de descripción que se han utilizado para expresar el pensamiento lingüístico. Le sigue una evaluación de las posturas logicistas y lingüísticas acerca de la noción de metalenguaje, que conduce al autor al análisis del discurso de la lingüística con el propósito de definir los rasgos básicos de este lenguaje y verificar la validez y necesidad de la búsqueda de un lenguaje de descripción diferente a las lenguas naturales. Los argumentos que ofrece confirman los planteamientos hechos en

los dos artículos anteriores: “la idea de un metalenguaje que tenga por objeto la lengua natural no se sostiene en términos de una consideración estricta de la relación entre una ciencia como la lingüística y su objeto de estudio” (p. 145). Sólo en el caso de los lenguajes formales matematizados, incorporados a la lingüística chomskiana, se puede hablar de un metalenguaje de la lingüística que cumpla con los requisitos estipulados por Tarski y Hilbert para la metamatemática; sin embargo, como sostiene Lara, estos lenguajes formales son teóricos y no de descripción.

Al comienzo de la reseña mencioné el interés de Lara por la construcción de una teoría de la significación basada en un enfoque empírico y pragmático, interés enunciado y justificado en los primeros cuatro ensayos: “Postulados de la teoría semántica”, “Conocimiento y pragmática en los fundamentos de la semántica”, “Por una nueva teoría del signo lingüístico” y “Prototipo, estereotipo y significado”, que se centran en el vocablo de la lengua general; en los dos últimos trabajos, “Conceptos y jerarquía de términos” (pp. 175-207) y “Término y cultura: hacia una teoría del término” (pp. 209-248), Lara se enfoca a la formación del significado de los vocablos especializados. El autor define la terminología como una rama de la semántica, con lo que contradice la idea coseriana defendida todavía por un número considerable de lingüistas. La terminología se entiende también como acervo léxico de la lengua natural que durante mucho tiempo se excluyó de los intereses de estudio de la lingüística, razón por la que no existe, hasta la fecha, una concepción teórica consolidada que dé cuenta de la naturaleza y funcionamiento de los vocabularios especializados, y permita penetrar en los procesos de significación característicos para las diversas áreas del conocimiento especializado. En este marco, Lara aporta a la fundamentación del estudio de las terminologías una teoría lingüística del término especializado.

La teoría del término especializado de Lara gira alrededor de la idea de significación como una manera de aprehender los hechos del mundo real y experimentarlos para poder comunicarlos a los demás individuos. Consecuentemente, las hipótesis de partida de su teoría tienen carácter cognoscitivo y privilegian la aprehensión de los hechos del mundo en cuanto objetos y en cuanto acciones humanas sobre ellos o con ellos. No es sino después de comprender el fenómeno de referencia verbal a los hechos del mundo cuando se puede explicar el significado de cada signo aislado.

Con base en estos supuestos propone dos elementos constitutivos del proceso de significación de las cosas del mundo real. El primero, el aspecto perceptivo, es universal en cuanto a que se refiere a las facultades biológicas, neurales, perceptivas y cognoscitivas del hombre, e individual en cuanto a que posibilita la construcción de una ilimita-

da variedad de sinapsis en la corteza cerebral de cada persona. El aspecto social deriva del significar en un contexto lingüístico concreto, donde el individuo modela su lenguaje de tal suerte que este es inteligible por los demás participantes en el diálogo. Derivado de los elementos perceptivo y social, el autor sugiere cuatro estratos del significado que permiten acuñar el carácter cultural y universal del término especializado: *a)* el de la formación de prototipos; *b)* el de la formación de estereotipos; *c)* el de la formación del significado verbal y *d)* el de la delimitación del significado especializado.

La relevancia del primer estrato formativo para la teoría del término se debe, según el autor, a que “el prototipo tiene una base perceptiva y fisiológica, que en cuanto característica del ser humano resulta universal”, y a que “podría ser el primero de un conjunto de instrumentos cognoscitivos del ser humano cuya función es doble: son instrumentos de objetivación e identificación de la experiencia del mundo y crean unidades de memoria de esa experiencia identificada” (p. 46). Con ello Lara retoma los estudios de la psicóloga angloamericana Eleanor Rosch, realizados a principios de los años setenta, que buscaban identificar los medios con que el ser humano objetiva las cosas de manera independiente a la lengua que usa. En su artículo, “Prototipo, estereotipo y significado”, Lara analiza las aportaciones de los estudios de Rosch para la teoría del lenguaje. Esta naturaleza del prototipo, de constituir un esquema abstracto de carácter físico-fisiológico, no permite asignar al prototipo reconocido un signo como simple etiqueta porque, aunque en el fondo de muchos signos lingüísticos se puede suponer un prototipo perceptivo —como en el caso de varias clases de acciones y movimientos, objetos y posiciones especiales—, quizá no lo haya de signos cuyo significado se elabora directamente a partir del discurso racional —como el filosófico, el literario, el científico y el tecnológico (tema tratado antes en su *Teoría del diccionario monolingüe*, México, 1997, p. 198). La aprehensión de este tipo de significados se logra sólo fuera de la esfera del prototipo, a partir de experiencias acuñadas en la sociedad, es decir que se trata de verdaderos estereotipos creados por el valor que cada sociedad les asigna. Las experiencias históricas de una comunidad lingüística permiten determinar las propiedades típicas de los objetos designados y su inteligibilidad social; la extracción de las propiedades típicas de los objetos significados, obtenidas por un proceso de abstracción, se guía por la inteligibilidad social. Por ello, los estereotipos no son construcciones de validez absoluta. Relacionados con un estadio específico del desarrollo social del significado, la sociedad modifica sus estereotipos en el momento en que la corrección anterior del significado pierde su vigencia. Tal modificación puede suceder de manera natural, conforme cambia la comprensión social de los objetos, y de manera dirigida. En el conjunto de estas ca-

racterísticas perceptibles del objeto se basan las posteriores definiciones científicas de los objetos significados.

Así, por ejemplo, los estereotipos del sol y las estrellas entran en colisión con el conocimiento científico de los astros y, en consecuencia, tienen una validez temporal. Expresado de otra manera, mientras los significados de las palabras *sol* y *estrella* siguen al estereotipo en la lengua común, en el ámbito de la ciencia se limitan a una dirección objetivante. No obstante, este proceso de delimitación de los usos de las palabras responde a la necesidad de la comunidad lingüística, en general, de perfeccionar su medio de comunicación, seleccionar los usos y precisar los matices de los signos lingüísticos. Se trata de un fenómeno de carácter cultural que constituye el siguiente estrato en la construcción del significado.

En el contexto del discurso especializado, los procesos de distinción y precisión de los significados de las palabras surgen del interés específico de los participantes en los ámbitos del conocimiento especializado —que se caracteriza por un mayor grado de homogeneidad e intencionalidad que estimula la formación del significado verbal. En estas áreas del saber predominan tres tipos de procedimientos formativos: la abstracción sobre la base de uno de sus significados ordinarios, la construcción neológica en la forma o el contenido de la expresión y la denominación arbitraria sobre la base de convenciones.

Parece entonces que la construcción terminológica no diverge mucho de la formación común de los vocablos. Los vocablos y los términos se forman en la comunidad lingüística, los primeros resultan de la división del trabajo y los intereses históricos de la comunidad; los segundos, como efecto de impulsos tecnológicos, comerciales o científicos, cuando se necesita delimitar con total precisión los objetos o conceptos de una teoría, un método o un procedimiento. Mientras que en la actualidad nadie cuestiona el sello cultural de los vocablos, son muchas las voces que lo quieren negar en el caso de los términos. Por eso, sostiene el autor, la idea de formar un término absolutamente convencional y arbitrario, de carácter universal, es el ideal terminológico antilingüístico de la ciencia. Lara está en contra de la idea de que el término debe cumplir su función designativa sin hacer patente una carga cultural, de la idea de que esa designación tenga que ser biunívoca (requisito que parece absurdo para la mayoría de los vocablos especializados). Estas observaciones lo conducen a definir el término como “un vocablo, al menos uno de cuyos significados se delimita en relación con un conocimiento especializado” (p. 54).

Me parece que la mejor manera de concluir esta reseña es citar al autor cuando sostiene, sin pretender hacer de sus palabras un dogma, que “los postulados buscan, ante todo, sentar las bases de un acuerdo entre quienes estén interesados en volver a plantear la cons-

trucción de una teoría de las semánticas de las lenguas naturales... no se trata de conclusiones sino, al contrario, de inicios de una teoría, estos postulados requieren sustanciarse mediante investigaciones más prolifas” (p. 33).

ELENA BOGOMILOVA LOZANOVA  
El Colegio de México

CARMEN SILVA-CORVALÁN, *Sociolingüística y pragmática del español*. Con ejercicios de reflexión de Andrés Enrique-Arias. Georgetown University Press, Washington, DC, 2001; xvi + 367 pp., cuadros, diagramas, índice de materias.

Si hace poco más de una década era muy escaso el material sociolingüístico introductorio escrito (y sobre todo pensado) en español, los años posteriores vieron aparecer varios manuales notables, entre ellos el de la propia Carmen Silva, *Sociolingüística. Teoría y análisis* (Alhambra, Madrid, 1989). El nuevo libro preserva las virtudes de aquel primero, como la dosificación muy adecuada de los fragmentos teóricos, los ejemplos y las discusiones más prolongadas alrededor de casos específicos, que permiten al lector no sólo tener un panorama general y hacerse una idea de qué se ha opinado o investigado en tal o cual dirección, sino ponerse en verdadera disposición de definir y resolver problemas propios, que me parece que es una de las cualidades en un texto de esta naturaleza.

La comparación de los índices de los libros de 1989 y 2001, muy parecidos en su planta general, revela sin embargo diferencias interesantes que hablan mucho del desarrollo de la sociolingüística en la última década —y de los legítimos intereses de su autora, por supuesto. La más abultada u obvia está en el título, al incluir ahora la palabra *pragmática*, aunque se justifica plenamente, quizá sobre todo por el capítulo 5, dedicado al análisis del discurso, y por la perspectiva general del libro, interesado ante todo por el estudio del lenguaje en contexto, o cuando menos en los elementos del contexto necesarios para interpretar las claves lingüísticas. No importa tanto que un determinado fenómeno esté asociado a una estratificación social específica como reconocer que el lenguaje es ante todo su uso social. El hecho es que la nómina de problemas discutidos en el volumen —variación fónica y sintáctica, análisis del discurso cotidiano, variación y cambio y lenguas en contacto— coincide bien con la lista de los principales problemas abordados por los sociolingüistas, sea lo que sea la sociolingüística, que siempre ha tenido problemas de definición. Por otra parte, me parece sintomático que el texto comience por discutir